

# REVISTA DE ARQUEOLOGIA

Volume 35 No. 1 Janeiro – Abril 2022

Edição Especial: Arqueologia em Quarentena

ARTÍCULO

## APROXIMACION AUTOETNOGRAFICA A LA PANDEMIA Y LA BUSQUEDA DE LOS ANCESTROS

Patricia Ayala \*

### RESUMEN

En este artículo presento una autoetnografía de la pandemia, enfocada en sus repercusiones en mis investigaciones y quehacer cotidiano como mujer, madre, hija y arqueóloga. Si concebimos la autoetnografía como un intento de aprender sobre los procesos sociales, culturales y/o políticos a través de la exploración personal, esta introspección puede aportar a comprender la crisis sanitaria y la producción cotidiana de la arqueología. Para construir este relato me basé en el método autobiográfico, utilizando diarios personales y notas de trabajo, además de algunas publicaciones.

**Palabras-clave:** autoetnografía; arqueología reflexiva; pandemia.

\* Departamento de Antropología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile. Centro de Estudios Interculturales e Indígenas-CIIR. E-mail: [ruth.ayala@uchile.cl](mailto:ruth.ayala@uchile.cl).

DOI: <https://doi.org/10.24885/sab.v35i1.967>

## AUTOETHNOGRAPHIC APPROACH TO A PANDEMIC AND THE SEARCH OF THE ANCESTORS

---

### ABSTRACT

In this paper I present an auto-ethnography of the pandemic, focused on its repercussions on my research and daily work as a woman, mother, daughter and archaeologist. If we conceive auto-ethnography as an attempt to learn about social, cultural and/or political processes through personal exploration, this introspection can contribute to the understanding of the health crisis and the daily production of archeology. To build this story I relied on the autobiographical method, using personal diaries and work notes, as well as some publication.

**Keywords:** autoethnography; reflexive archaeology; pandemic.

## APROXIMAÇÃO AUTO-ETNOGRÁFICA À PANDEMIA E A BUSCA DE ANCESTRAIS

---

### RESUMO

Neste artigo apresento uma autoetnografia da pandemia, focada em suas repercussões em minhas pesquisas e no cotidiano de trabalho como mulher, mãe, filha e arqueóloga. Se concebermos a autoetnografia como uma tentativa de aprender sobre os processos sociais, culturais e / ou políticos por meio da exploração pessoal, essa introspecção pode contribuir para a compreensão da crise da saúde e da produção cotidiana da arqueologia. Para construir esta história, me baseei no método autobiográfico, utilizando diários pessoais e notas de trabalho, bem como algumas publicações.

**Palavras chave:** autoetnografia; arqueologia reflexiva; pandemia.

## INTRODUCCIÓN

Vivimos un período de excepción desde que en marzo del 2020 la Organización Mundial de la Salud declaró una pandemia mundial. Es sin duda un tiempo privilegiado para analizar los fenómenos sociales que emergen en una crisis global que no vimos venir y que se instaló como parte de nuestra experiencia de vida. Aquello que habíamos escuchado sobre las pandemias del pasado se convirtió en nuestra realidad cotidiana, la cual nos confronta con la incertidumbre y el dolor que nos provocan la enfermedad y la muerte, así como con la necesidad inmediata de adaptarnos a estas nuevas circunstancias. De acuerdo a Álvarez (2021, p. 15), estos momentos de crisis sanitaria pueden ser propicios tanto para encarnar cambios largamente retrasados, como para olvidar, omitir o soslayar lo que las epidemias sacan a relucir. De allí la importancia que la comprensión y la experiencia frente a la enfermedad se visualice como una herramienta de transformación activa y que no sólo se la encasille en los marcos de un padecimiento colectivo.

Desde los inicios de la pandemia el dolor y el miedo están a flor de piel y han generado un estado de vulnerabilidad colectiva, sin duda exacerbada por el distanciamiento social y las crisis sociales que han emergido. Las imágenes de cuerpos sin vida en las calles, de entierros masivos, de personas esperando una cama en los hospitales, haciendo fila para comprar, hacer trámites o vacunarse, así como el bombardeo televisivo de noticias sobre la pandemia y los partes necrológicos o cadenas de oración en Facebook, han afectado nuestro estado emocional. El temor se siente en el ambiente y en nuestros cuerpos, se concretiza en el aislamiento obligatorio o voluntario, se ve en los rostros cubiertos por máscaras, en los ojos asustados cuando alguien se acerca, en los gestos incómodos al no saber si abrazar o no a un ser querido al verlo después de mucho tiempo. Nuestros cuerpos se estremecen al saber de otro robo o asesinato, de otra persona sin trabajo, de otra familia con dificultades económicas, de esa mujer que se tiró o cayó del balcón en el edificio vecino. Es, sin duda, un momento para recuperar la sensibilidad, para conectarnos con nuestro dolor y dejarnos atravesar por el dolor ajeno y, si la arqueología es un espacio desde el cual pensar, estamos en una etapa propicia para reflexionar sobre los cambios que necesitamos hacer, primero como seres humanos y después como arqueólogos y colectividad científica.

En los últimos veinte años he tratado de comprender y analizar cómo nos hemos relacionado con los Pueblos Indígenas en el norte de Chile, más específicamente en territorio atacameño, desde donde he concluido que las prácticas y discursos arqueológicos forman parte de la herida colonial dejada por los procesos de colonización, modernización y nacionalización. Más recientemente, he focalizado mis reflexiones y activismo en los procesos de repatriación, restitución y reentierro de cuerpos indígenas desterritorializados, producto del accionar coleccionista de naturalistas, exploradores, misioneros, ingenieros, antropólogos y arqueólogos, entre otros. La búsqueda de ancestros indígenas en colecciones de museos, universidades y centros médicos se ha constituido en una experiencia profesional cotidiana. Ser arqueóloga antes y durante esta crisis sanitaria se ha vinculado con hablar de las duras verdades del colonialismo (LONETREE, 2012), así como con desarrollar investigaciones colaborativas inspiradas en las arqueologías indígena, decolonial, indisciplina y comprometida. Mi trabajo por el regreso de los ancestros a sus territorios de origen amerita un posicionamiento personal en un campo de lucha donde no solamente se disputan los cuerpos, sino, en palabras de Carina Jofré (2020), la posibilidad de reexistir de otro modo. Según esta activista y arqueóloga Warpe:

...ser protagonistas de estos procesos de demanda supone implicarse en luchas colectivas en las cuales se involucran personas de carne y hueso en el presente, no argumentos ideales universales humanitaristas. Esta implicación corporal y emocional en las luchas colectivas de nuestros pueblos significa recuperar la sensibilidad que nos ha sido negada/bloqueada por el disciplinamiento de nuestras sensibilidades/emociones (JOFRE, 2020, p.14)

Entonces, somos protagonistas porque somos capaces de dolernos en estas luchas por la recuperación de la emoción y sensibilidad en el propio cuerpo/a que habitamos. Y así descubrimos que también esos cuerpos y cuerpas de nuestras abuelas y abuelos aún nos habitan, su dolor nos habita, su pena nos aqueja. Ese dolor es colectivo, compartido entre quienes decidimos “recuperar la sensibilidad” para reconocernos sujetos dolidos y dolientes, con heridas/os traumáticas que aún no sanan, y que además heredamos a nuestras hijas e hijos. De allí nace una potencia reveladora del pasado como un “relato doloroso”, que no siempre puede ser dicho o narrado discursiva y coherentemente con las reglas del conocimiento moderno logocéntrico, simplemente porque duele (JOFRE, 2020, p. 15).

Mi involucramiento en las luchas indígenas por revertir las asimetrías de poder y el retorno de sus ancestros me han llevado a ser protagonista de estos procesos, a implicarme corporal y emocionalmente, recordar y sentir el dolor de doña Guadalupe al visitar los depósitos del museo en San Pedro de Atacama. También me han hecho reflexionar sobre cómo nos hemos acostumbrado a una comunidad ética y científica indolente, distante de su contexto social y que poco quiere hablar sobre las repercusiones de sus prácticas y discursos.

Si el pasado y su relato doloroso tienen una potencia reveladora, el presente doliente de la pandemia puede ayudarnos a generar cambios individuales y colectivos largamente esperados. Puede sensibilizarnos ante la búsqueda de los ancestros indígenas y las demandas de retorno a sus moradas de origen, así como puede aportar a soltar el control de las colecciones y de las decisiones sobre los cuerpos desterritorializados, cosificados y musealizados. Pero sobre todo puede ayudarnos a ser mejores personas.

#### AUTOETNOGRAFÍA DE LA PANDEMIA

Inspirada en el movimiento de reevaluación de los aspectos intersubjetivos de la investigación (CLIFFORD, 1986), la autoetnografía que presento a continuación muestra cómo fui desarrollando mi práctica arqueológica en el contexto doloroso de la pandemia y como esta última repercutió en mis investigaciones y quehacer cotidiano como mujer, hija, madre, amiga y arqueóloga en cuarentena. Si concebimos la autoetnografía como un intento de aprender sobre los procesos sociales, culturales y/o políticos a través de la exploración personal, esta introspección puede aportar a comprender la crisis sanitaria, a la vez que constituye la manifestación de una actitud diferente a la dominante en la sociedad, hacia uno mismo, el cuerpo y el medio ambiente (ADAMS; HOLMAN JONES, 2008). Para construir este relato me basé en el método autobiográfico, ya que desde hace varios años escribo un diario personal y tomo notas de trabajo que me sirvieron, junto a algunas publicaciones, para armar este escrito, el cual centra su atención en los últimos 15 meses de mi vida entre Bolivia, Estados Unidos y Chile.

## ENTRE BOLIVIA Y CHILE

En Bolivia, la crisis desatada por la pandemia a nivel mundial se sumó a un conflicto político altamente polarizado, desatado por las elecciones presidenciales de octubre de 2019, que terminaron con un golpe de Estado al gobierno de Evo Morales, con claros signos de carácter intolerante hacia los Pueblos Indígenas como la quema de la bandera wiphala frente al palacio de gobierno. En un escenario de fuerte represión policial y militar, afloraron manifestaciones de racismo, xenofobia, violencia y amenazas en contra de estas poblaciones, situación que afectó a toda la sociedad boliviana, derivando en confrontaciones trágicas y violentas. Si bien el gobierno de facto de Jeanine Añez tuvo como objetivo principal convocar a nuevas elecciones generales, esto se concretó recién un año después, en plena crisis sanitaria.

A principios de marzo, el gobierno decretó "emergencia nacional", estableciendo la suspensión del transporte terrestre de pasajeros, la reducción de la jornada laboral y de las horas de apertura de los centros de abastecimiento, entre otras medidas. Dos semanas después se impuso el "estado de emergencia sanitaria", que implicó el endurecimiento de las medidas de confinamiento, el cierre total de fronteras, la prohibición de circulación de vehículos no esenciales y otras medidas restrictivas, que en algunos momentos incluyeron un fuerte control policial y militar. El aislamiento forzado conllevó un gran cambio en mi rutina laboral, ya que como investigadora independiente trabajaba en casa y con el cierre de colegios mis hijos comenzaron clases virtuales. Todo empeoraría unos meses después con la cancelación del año escolar, con un sistema de educación colapsado, cuyas falencias y problemas no hacían más que visibilizar las injusticias y desigualdades sociales que históricamente afectan a la sociedad boliviana.

En medio de imágenes televisivas de cuerpos de personas fallecidas en las calles de La Paz, Guayaquil y Bogotá, así como de enterramientos masivos en Manaus, el 15 de mayo murió Norah Luz, mi tía más querida, aunque no a causa del virus sino de su vejez. En ese duro momento pude vivir cómo, además de la gobernanza de nuestros cuerpos a través de los protocolos de bioseguridad y el aislamiento obligatorio, el control del Estado se ejercía en el ritual de despedida de un ser tan querido. La noche de su partida no pudimos decirle adiós, su velorio fue extremadamente corto y poco concurrido. Contadas personas nos siguieron al cementerio, sólo la familia vio su féretro entrar en el nicho del mausoleo y ser cubierto con ladrillos y estuco. No pudimos abrazarnos y llorar juntos, fue una muerte desinfectada y con olor a alcohol.

En medio del duelo por la muerte de su hermana, cayó enfermó mi papá. Su hospitalización por Covid-19 y otras complicaciones de salud nos llevaron al epicentro del caos y el dolor que vivía el país ante un sistema de salud superado, escasez de doctores, medicamentos y equipos médicos, así como frente a la poca claridad respecto a los protocolos y tratamientos a seguir. El hecho de que mi papá fuera médico y director del hospital más grande de la ciudad no contribuyó, como pensamos, a facilitar su tratamiento y obtener lo necesario dentro del sistema médico formal, por lo que tuvimos que recurrir al mercado informal de plasma de sangre, que en esos momentos prometía ser la salvación de los pacientes de Covid-19. Los precios del plasma y algunos medicamentos estaban por las nubes, aún para quienes tuvieran una economía acomodada. La crisis desatada por la pandemia visibilizó la precariedad del sistema de salud pública, un problema que se venía arrastrando hace ya muchos años. Era doloroso preguntarse ¿cómo enfrentaban este escenario los sectores más pobres del país?, ¿qué pasaba con los Pueblos Indígenas en esta pandemia?, ¿cómo superaban las distancias y llegaban a un hospital y/u obtenían los medicamentos y tratamientos necesarios?

Paralelamente a la conmoción familiar que significó la enfermedad de mi padre y nuestra mudanza a su casa para cuidarlo, yo comenzaba a trabajar para un proyecto internacional de la Universidad Nacional de Australia, el Instituto Australiano de Estudios Aborígenes e Isleños del Estrecho de Torres y la Agencia de Asuntos Aborígenes Australiano. Esta investigación, dirigida por Cressida Fforde, se centraba en la extracción, coleccionismo, estudio y repatriación de cuerpos y restos humanos de los aborígenes australianos y los isleños del Estrecho de Torres, así como de indígenas de Nueva Zelandia y Estados Unidos. Era la primera vez que realizaba una investigación de este tipo, en la cual debía estudiar y reconstruir la historia del coleccionismo de cuerpos indígenas en Chile y Bolivia, así como determinar cuáles eran los museos, universidades, escuelas de medicina y/o centros de investigación que, desde el siglo XIX y principios del XX, albergan colecciones de cuerpos y restos humanos. Asimismo, debía estudiar el movimiento de repatriación en Bolivia y Chile y sus políticas y prácticas museales al respecto.

Durante esos meses, mi quehacer arqueológico se transformó en una búsqueda de ancestros australianos, neozelandeses y nativos americanos, así como en un constante intercambio con las colegas María Luz Endere y Jacinta Arthur, quienes estudiaban este tema, para el mismo proyecto, en Argentina, Perú y Brasil. A medida que investigábamos, se hacía cada vez más claro que el despojo de territorios, recursos naturales y cuerpos indígenas estaba asociado a la labor de naturalistas, exploradores, viajeros, misioneros, militares, ingenieros y arqueólogos nacionales y extranjeros. La identificación de instituciones, coleccionistas y publicaciones claves, así como el mapeo de redes de conexión de Chile y Bolivia con museos y/o universidades nacionales, europeas y estadounidenses, daban cuenta de la colonialidad del tratamiento científico de los cuerpos indígenas. Leer los discursos racistas entrelazados con las prácticas arqueológicas y coleccionistas, el interés por la craneometría para demostrar la superioridad de occidente y los discursos científicos que afirmaban que los indígenas estaban en vías de desaparición se mezclaba con aquellos que escuchaba en las conversaciones o mensajes de las redes sociales: “los indios, por ignorantes, nos contagiarán a todos”, “los indios son mulas, no quieren usar barbijo”, “los cholos con sus prestes nos matarán a todos”. El colonialismo interno no permitía ver que la pandemia reforzaba las desigualdades sociales, el racismo, la discriminación y la marginalidad en que vivían y aún viven los Pueblos Indígenas en Bolivia.

A mediados del 2020, algunos periódicos afirmaban que los pueblos más afectados por la pandemia eran los de tierras bajas, entre los que destacaban los Monkox, Chiquitano, Canichona y Yuqui. Reconocidos líderes de estos pueblos que participaron en grandes luchas indígenas como la marcha por el territorio y la dignidad en 1990 y la aprobación de una nueva constitución política del Estado en 2009 fallecieron en ese período, algo que también ocurrió en comunidades indígenas del Amazonas brasileño. La inexistencia o escasa presencia de centros de salud, personal médico y medicamentos en las comunidades indígenas, así como las grandes distancias y dificultades de acceso, no eran abordadas en los discursos de gobierno, como tampoco lo eran las muertes en estas poblaciones y el dolor que se vivía.

Paralelamente a esto, las limitaciones impuestas por la cuarentena repercutieron en los resultados de mi investigación sobre el coleccionismo y la repatriación en Bolivia, ya que además de los vacíos propios de una línea de estudios que se inauguraba en el país, fue complejo encontrar información sobre coleccionistas, colecciones, instituciones y publicaciones sin visitar universidades y bibliotecas, más aún cuando no se tiene acceso digital a colecciones arqueológicas, etnográficas, documentos y publicaciones. Por otro lado, al no poder revisar personalmente sus depósitos de colecciones, el personal del

Museo Nacional de Arqueología (MUNARQ) no pudo determinar la presencia de cuerpos o restos humanos de Australia, Nueva Zelanda o Estados Unidos. Unos meses después, cuando escribía el informe final de este proyecto, el gobierno cerró el Ministerio de Culturas y Turismo y trasladó su Viceministerio de Interculturalidad (con las respectivas reparticiones dedicadas a Patrimonio y Arqueología) al Ministerio de Educación, además de intervenir policialmente las dependencias de dicha entidad pública y los lugares de trabajo de la Unidad de Arqueología y Museos (UDAM) y el Museo Nacional de Arqueología. Estas medidas adoptadas por el gobierno de facto de Jeanine Añez (2019-2020), se vinculaban con otras acciones que afectaban la política cultural boliviana, tales como la remoción de autoridades de las principales instituciones relacionadas a la cultura en La Paz: el Museo Nacional de Arte, Museo Nacional de Etnografía y Folklore y Archivo y Biblioteca Nacionales de Bolivia. En un comunicado público, la Red de Discusión e Información sobre Arqueología y Patrimonio (RIDAP), a la cual pertenezco desde que se constituyó, afirmó:

*En conjunto, estas acciones delatan las intenciones de usar las instituciones de cultura estatales para difundir un mensaje centralista y colonialista de exclusión, fanatismo e intolerancia, en desmedro de las comunidades urbanas, indígenas y campesinas de Bolivia, cuya diversidad de memorias y prácticas de construcción de pasado e identidad, en relación con espacios y materiales arqueológicos, es de enorme valor y riqueza (RIDAP, 2020).*

Entre los avances legales en materia cultural del gobierno anterior, con Evo Morales como Presidente (2006-2019), se promulgó una nueva Ley de Patrimonio Cultural (2014) que en su Capítulo III aborda el tema de la restitución y la repatriación. La institución encargada de estos procesos es la Unidad de Arqueología y Museos (UDAM). Debido a la cuarentena y a los cambios institucionales impuestos por el gobierno, no pude acceder a los archivos de la UDAM, que solamente podían ser revisados en sus oficinas. Sin embargo, conté con la información entregada por un ex funcionario, José Luiz Paz, quedando claras las gestiones de repatriación entre agencias de Estado Plurinacional de Bolivia e instituciones chilenas, argentinas, alemanas, suizas y estadounidenses. Hasta la fecha, solamente se repatrió un “cuerpo momificado” desde el Museo de la Universidad Estatal de Michigan (USA), proceso que no contó con el involucramiento de comunidades indígenas y finalizó con la entrega de este cuerpo al Museo Nacional de Arqueología.

Por otro lado, mi investigación sobre el coleccionismo y la repatriación en Chile se desarrolló en un contexto nacional convulsionado por la pandemia y el proceso de redacción de una nueva Constitución, como resultado del estallido social que sacudió al país en octubre de 2019. Masivas manifestaciones y disturbios se propagaron por sus principales ciudades, denunciando las injusticias y desigualdades sociales provocadas por el modelo económico neoliberal, así como evidenciando un claro rechazo a la clase política y el descrédito institucional, incluyendo a la propia Constitución. La represión ejercida por el gobierno de Sebastián Piñera, con un uso desmedido e ilegítimo de la fuerza pública, derivado en un alto número de muertos y heridos, fue denunciada por la RIDAP: “Repudiamos esta acción represiva del gobierno, llamamos a la desmilitarización urgente y apoyamos a las diferentes formas de organización ciudadana y popular de Chile”.

Estas protestas y acciones sociales se mantuvieron hasta poco después de anunciadas las restricciones sanitarias, a inicios de marzo de 2020. Al igual que frente a las movilizaciones del estallido social, el gobierno declaró un estado de excepción constitucional de emergencia en el primer caso, y de catástrofe en el segundo, sacando a los militares a la calle y decretando el toque de queda nocturno. Chile fue uno de los

primeros países en cerrar sus fronteras y prohibir el ingreso de extranjeros sin residencia, lo que, paralelamente al cierre total de Bolivia, incluso para nacionales, derivó en la aglomeración, por varios días, de cientos de personas en Colchane, poblado localizado a dos horas de Oruro, ciudad donde vivía en ese entonces. Este sería el inicio de otra de las grandes crisis visibilizadas por la pandemia: la de los migrantes.

Este cierre fronterizo repercutió en la búsqueda de ancestros australianos, neozelandeses y nativo americanos en Chile, ya que tuve que realizar toda mi investigación desde Bolivia. A diferencia de este último, mis estudios evidenciaron la inexistencia de una ley de repatriación, así como pusieron de manifiesto el protagonismo comunitario en los procesos de repatriación, a pesar de una fuerte presión de parte del Estado por apropiarse y controlar las demandas indígenas. Como venía trabajando este tema desde hace algunos años (AYALA, 2020) y gracias a los aportes de Jacinta Arthur (2015, 2018, 2020), los impactos de la pandemia no afectaron los resultados de mi informe sobre la repatriación en Chile, aunque sí lo hicieron en mi investigación referida al coleccionismo. Si bien puede recurrir a algunos catálogos, archivos y publicaciones online, no pude visitar museos o universidades para revisar las colecciones y sus inventarios impresos. Por lo mismo, los funcionarios del Museo Nacional de Historia Natural no pudieron confirmar, sin revisar sus colecciones en persona, la existencia o no de cuerpos de Australia, Nueva Zelanda o Estados Unidos. Pese a las dificultades enfrentadas, la reconstrucción de la historia del coleccionismo en Chile dio cuenta de un temprano proceso de extractivismo de cuerpos y materiales indígenas, que aportó a la expansión del Museo Nacional de Historia Natural en Santiago (GANGER, 2014) y a las colecciones de museos en Europa y Estados Unidos.

Mi interés académico en esta temática, junto a mi activismo en favor de las demandas indígenas de repatriación y restitución, me llevaron a co-editar, junto a Jacinta Arthur, el libro “El regreso de los ancestros: Movimientos indígenas de repatriación y redignificación de los cuerpos”, en plena pandemia. Ambas pensamos que una publicación de este tipo aportaría a visibilizar estas luchas indígenas a nivel nacional, así como contribuiría al debate académico de la descolonización y a la instalación de esta temática en el ámbito público, más aún considerando que lo publicaría el Servicio Nacional de Patrimonio. A lo que se sumaba un contexto de discusión de la nueva Ley de Patrimonio Cultural, criticada hasta por la ausencia de consulta indígena y de otras colectividades. Debido a que algunos capítulos de este libro fueron escritos por miembros de los Pueblos Atacameño, Mapuche, Rapa Nui y Yagán, la crisis sanitaria en territorios indígenas afectó su proceso editorial. Las modalidades de autoprotección y cuidado desplegadas por comunidades Atacameñas, Mapuches y Rapa Nui repercutieron en las dificultades de algunos autores para escribir o revisar sus capítulos (escritos por más de una persona) por las limitaciones para reunirse, en circunstancias que no todos estaban familiarizados o podían acceder a internet.

Este proceso se desarrollaba en un contexto nacional, de mediados de 2020, de invisibilización de los Pueblos Indígenas como un sector de riesgo mayor y de inexistencia de acciones específicas para abordar los efectos de la pandemia en sus comunidades, algunas de las cuales continuaban siendo perseguidas políticamente en sus territorios al sur de Chile. Fueron los propios indígenas quienes alzaron la voz con declaraciones y acciones de alcance local. Una vez que se comenzó a expandir el Covid-19, fueron ellos quienes de manera autónoma, ya sea basados en sus gobiernos locales o en sus comunidades territoriales, comenzaron a instaurar modalidades de autoprotección y cuidado (CANIGUAN; DE LA MAZA, 2020). Algunas de las principales medidas que tomaron, además del aislamiento, fueron: el llamado a no visitar territorios indígenas (sobre todo en comunidades Atacameñas, Mapuche y Rapa Nui), la instalación

de barreras sanitarias para controlar quiénes ingresaban a sus comunas o comunidades, el cuidado y apoyo interno y el retorno a vivir – al menos temporalmente – a sus comunidades de origen ya que una gran parte de la población indígena vivía en las principales ciudades chilenas.

Los meses posteriores se caracterizaron por un fuerte activismo de la RIDAP a través de comunicados, conservatorios y grupos de trabajo. Mi involucramiento fue particularmente activo en el conservatorio “Hacia la despatrimonialización de los/as ancestros/as: reflexiones sobre las demandas de restitución de cuerpos a los Pueblos Indígenas en Argentina” y en las reuniones y charlas de la Colectiva Feminista. A estos eventos se sumaron varios otros, ya que con la pandemia se generó un boom de reuniones de discusión por Zoom, Facebook, Youtube o Meet. A lo que se añadió mi participación como una de las docentes de la clase referida a Sudamérica en el curso intensivo de maestría y desarrollo profesional “*Repatriation: principles, policy and practice*” de la Universidad Nacional de Australia. Con toda esta actividad online, algunos días apenas podía repartirme entre la crianza y acompañamiento de mis hijos en su educación virtual, las labores del hogar, mi trabajo y la oferta de charlas online, las cuales se convirtieron para mí en una forma de interactuar que hacía menos duro el aislamiento.

#### ENTRE BOLIVIA, ESTADOS UNIDOS Y CHILE

Después de ocho meses de encierro y distanciamiento físico de la mayoría de mis seres queridos, de cansancio de los protocolos sanitarios impuestos sobre nuestros cuerpos, del barbijo, la máscara de plástico sobre el rostro, el constante uso de alcohol en las manos y en todo el cuerpo al llegar de la calle, además de la ducha correspondiente, la cotidianidad se me hizo insostenible. A lo que se sumaba que mis hijos, Sabattus y Natanis, no habían visto a nadie excepto a mis padres y algunos de mis hermanos/as en todo este tiempo. Sin mencionar que sus clases virtuales se hacían cada vez más difíciles, extrañaban salir a pasear y ya no era suficiente el paisaje andino de la ciudad que podían ver desde la terraza, tampoco lo eran nuestras caminatas desde y hacia la casa de sus abuelos, a solo una cuadra de distancia. Mi papá ya estaba completamente recuperado del Covid-19, mi mamá se sentía sana, aunque añorando ver al resto de su familia y amigas. Ambos habían decidido aislarse completamente pues, por su edad, se encontraban entre la población más vulnerable y mi hermana había llegado de España para acompañarlos. En esos momentos la cuarentena era opcional, ya que debido a la presión social, el gobierno no pudo sostener el aislamiento obligatorio.

En medio del dolor que este contexto me producía y de la crisis política desatada en diferentes sectores de la sociedad boliviana, poco después del triunfo del Movimiento al Socialismo, con Luis Arce Catacora como nuevo presidente de Bolivia, decidí partir a La Paz a ver a las familias de mis hermanos/as por algunos días. Desde esta ciudad, contra la opinión de varios miembros de mi familia y amigas, tomamos un avión al noroeste de Estados Unidos para llegar a la Reserva de Sipayik, donde vive la familia de mi difunto esposo y padre de mis hijos, quien pertenecía a la tribu Passamaquoddy. El viaje a la Reserva de Sipayik, uno de los dos poblados Passamaquoddy en Maine, con alrededor de 700 habitantes, estuvo lleno de temor por las posibilidades de contagio. Si bien seguimos un complejo protocolo de viaje, la cantidad de gente en los aeropuertos era preocupante. Después de casi un día de transbordos de avión y auto, llegamos a nuestra casa en la reserva, no sin antes pasar la barrera de control que prohibía el ingreso de gente externa a la tribu. Fue difícil y doloroso cumplir dos semanas de cuarentena y saludar de lejos a nuestra familia, la mayoría adultos mayores que seguían con rigor las medidas sanitarias, a diferencia de los más jóvenes, como el hermano mayor de mis hijos, a quien pudimos abrazar a nuestra llegada. Esos días de aislamiento, aunque no de encierro total, pues

teníamos el mar y el bosque a pocos metros de casa, me mostraron algunas diferencias en cómo se vivía la pandemia entre comunidades indígenas en Bolivia y Chile y la tribu Passamaquoddy. Si bien esta última es considerada una de las poblaciones nativo americanas más empobrecidas del país, su centro de salud cuenta con examen gratis de Covid-19 y tiene ambulancias para llevar a los enfermos a los hospitales más cercanos. A su vez, en ese entonces el gobierno tribal repartía almuerzos preparados para los adultos mayores a domicilio y entregaba provisiones de agua y comida a todos en la comunidad. No se reportaban muertes asociadas al Covid-19, aunque sí se sabía de algunos casos de contagio entre los habitantes de Sipayik.

En medio del frío que se instalaba poco a poco y de caminatas o paseos en bicicleta cerca a la playa o al bosque, así como de visitas a su abuela y tías, mis hijos disfrutaban de la Rez house y del gran espacio para jugar, aunque debido al aislamiento apenas pudieron ver a un par de amigos que vivían en el sector. En este contexto, le pude dedicar un poco más de tiempo al seminario de doctorado que impartía junto a Fernanda Kalazich y Jacinta Arthur, titulado “Metodologías Colaborativas”, en el cual abordamos críticamente su historia y aplicación en antropología, arqueología y estudios de patrimonio. A partir del análisis de casos específicos, buscamos que los/as estudiantes adquirieran las competencias necesarias para utilizar herramientas metodológicas colaborativas, además de interiorizarse sobre las implicancias éticas y políticas de esta práctica.

Poco antes de comenzar este seminario, un consorcio de fundaciones europeas aprobó un anteproyecto de arqueología colaborativa que presentamos junto a un equipo de investigadores bolivianos, brasileños y alemanes. El problema central de esta investigación radicaba en comprender las complejidades de las nociones de patrimonio basadas en el conocimiento indígena local en el Amazonas. Una de las propuestas más novedosas de este proyecto para el contexto arqueológico boliviano consistía en la visita de representantes de estas comunidades a colecciones sacadas de sus territorios y depositadas en museos en Alemania. Asimismo, proponía un trabajo conjunto con las comunidades indígenas a lo largo de todo el proceso investigativo, lo cual también era innovador. Sin embargo, las restricciones de la pandemia afectaron el involucramiento indígena en la formulación del anteproyecto. El autoconfinamiento de algunas comunidades, así como las enfermedades y muertes que aquejaban a otras, nos llevaron a idear distintas formas de participación en esta etapa inicial. Posteriormente, gracias a los vínculos previos generados por investigadoras de la Wildlife Conservation Society con los Tacana y Tsimane, organizamos reuniones para construir una propuesta final conjunta, así como los colegas brasileños lograron trabajar con profesionales Wai Wai para esta etapa del proyecto.

Tanto esta investigación como el curso de doctorado profundizaron mi reflexión sobre cómo aplicar a la arqueología las propuestas de Linda Tuhiwai Smith (2016) sobre las investigaciones culturalmente sensibles. Se trata de propuestas colaborativas que buscan disolver la división entre investigador e investigado y ser útiles y beneficiosas para los Pueblos Indígenas, ya que están guiadas por sus intereses y agendas políticas, lo que implica un desplazamiento del lugar de enunciación y un posicionamiento del arqueólogo como facilitador. Las ideas de Smith nutrieron las discusiones de nuestro seminario de doctorado, así como una charla a la que fui invitada por la New York Academy of Science, junto a Hugo Benavides y Janet Chernela. En este evento, al igual que en mi estadía en la reserva de Sipayik, la colonialidad del inglés fue un tema con el que tuve que lidiar.

Los tres meses en la reserva transcurrieron entre visitas y encuentros familiares, algunas salidas a ciudades cercanas con toda la parafernalia contra el Covid-19, mis clases, las calles vacías del pueblo, noticias sobre el triunfo presidencial del demócrata Joe

Biden, festejos familiares por los incentivos económicos del gobierno y algunas conversaciones con mi suegra sobre el grupo Passamaquoddy de víctimas de las escuelas de residencia. Meses después, estas charlas vendrían a mi memoria ante el hallazgo de cuerpos de niños indígenas enterrados en internados católicos en Canadá, con cifras cada vez más altas que confirman el genocidio y racismo al que fueron sometidas las Primeras Naciones. A mediados de 2021, este pasado doliente desataría la quema de iglesias católicas y la destrucción de estatuas de la corona inglesa en las protestas de agrupaciones indígenas y no indígenas, como repudio al colonialismo que masacró a estos pueblos.

Pocos días después de Navidad mi suegra cayó enferma de Covid-19, lo que produjo un caos familiar y un distanciamiento de nuestros seres queridos por el temor al contagio y por las regulaciones dispuestas por el gobierno. Mis hijos resintieron mucho no poder visitar y compartir con su abuela, pues su confinamiento debía ser total. Como habíamos tenido contacto directo, además de hacernos el test, que salió negativo, recibimos un control telefónico diario de parte de una oficina del Estado de Maine, así como un formulario de síntomas online que debíamos llenar cada día. Sin mencionar los litros y litros de agua, cajas de comida y paquetes de barbijos y spray de alcohol que nos enviaron. La crudeza de la separación forzada y el frío en enero se atenuaron con la visita de mi hermana y sus hijos desde Belize, en una etapa en que no solamente los vuelos internacionales pedían examen de Covid-19 sino también los nacionales, además de ser parte de los protocolos de la tribu para ingresar a territorio indígena. Después de que mi suegra se recuperó por completo volvimos a Bolivia, cuando ya se estaba comenzando a vacunar a los adultos mayores de la reserva.

Nuestro retorno a mi país estuvo atravesado por mi decisión de aceptar un cargo como investigadora residente en el Centro de Estudios Interculturales e Indígenas-CIIR en Santiago de Chile. Mi deseo de retomar mis actividades laborales tiempo completo e institucionalizarme, así como mi descontento con el colegio de mis hijos y el apoyo terapéutico para mi hijo menor, me impulsaron a migrar nuevamente a Chile, donde había estudiado y trabajado como arqueóloga hasta el 2009. Durante un mes, mis actividades en pandemia estuvieron concentradas en desocupar mi departamento y realizar los trámites necesarios para viajar, en un contexto político caótico, una sociedad boliviana ya acostumbraba a vivir en constante crisis pandémica, con un bombardeo televisivo diario sobre el número de contagiados y muertos por o con Covid a nivel nacional e internacional. Este presente doloroso también estaba lleno de información sobre la enfermedad, hospitalización y/o muerte de familiares y conocidos. Varios colegas médicos de mi papá y hermana fallecieron en Oruro y La Paz, además de padres o madres de amigos/as e incluso gente joven. La desesperanza que sentía en el ambiente reafirmó mi decisión de mudarme en tiempos de pandemia, a pesar de lo errada y hasta absurda que podía parecer esta idea para algunos. Si nuestra vida debía transcurrir en el aislamiento, que lo hiciera al menos mirando la cordillera de los Andes desde otro lugar.

Llegamos a Santiago hace cuatro meses, cuando se hablaba de Chile como uno de los países más exitosos en el manejo del Covid-19 en Sudamérica. Desde nuestro viaje ya pudimos ver un control más riguroso y controlado de los protocolos de seguridad, además del test obligatoria de Covid-19, cada uno, incluyendo mi hermana que decidió acompañarnos, tuvimos que llenar un pasaporte sanitario, completar un formulario de seguimiento por 14 días y someternos a cuarentena obligatoria por el mismo tiempo. A diferencia de Bolivia, estos trámites podían ser enviados por internet desde páginas web especialmente creadas para ello. Viajamos en medio de una polémica respecto a quiénes podrían acceder a las vacunas, ya que se temía un turismo desmedido desde los países vecinos. Nuestro arribo fue un poco complicado pues tuvimos que cambiarnos dos veces de casa, adaptarnos a los protocolos sanitarios que eran más rígidos, al estado de

excepción y al toque de queda que regía en el país por más de un año. El sistema para enfrentar la pandemia se organiza de acuerdo a comunas, las cuales, según al número de contagios, entran en diferentes fases de mayor o menor reclusión. Cuando una comuna está en cuarentena, para salir a la calle se debe pedir un permiso en la plataforma de comisaría virtual, que dura un tiempo limitado. Debido a que las comunas donde vivimos estuvimos intermitentemente en cuarentena, mis hijos alcanzaron a asistir por un mes con un sistema híbrido a colegio, con clases presenciales una semana y la siguiente virtual. Por fin, después de tanto tiempo se volvía a sentir algo de normalidad, se levantaban muy entusiasmados para ir al colegio y disfrutaban la novedad de todo. El encierro obligatorio, ya que los casos habían subido otra vez, fue un duro golpe para los niños, ansiosos de compartir con sus pares y jugar al aire libre en los recreos.

Uno de los temas más difíciles de afrontar en esta mudanza a Chile ha sido el de mi visa de trabajo, trámite que anteriormente duraba alrededor de un mes y que actualmente tarda hasta seis meses por la pandemia, lo que conlleva una fuerte incertidumbre y dificultades en muchos sentidos. El cierre de las oficinas de Extranjería y Migración y el traspaso de los trámites a formato digital permiten enviar la documentación más rápidamente pero las respuestas son lentas y tardías. A pesar de este contexto, sigue existiendo un gran número de migrantes provenientes de diferentes países, sobre todo de Sudamérica, que se reparten en distintas regiones, aunque en su mayoría se concentran en Santiago. Al igual que muchos de ellos/as, mi decisión de venirme a este país se vinculó con el acceso a mayores y mejores posibilidades de trabajo, ya que en Bolivia el campo laboral para los/las arqueólogos/as es extremadamente limitado. En estos pocos meses de estadía, se han abierto concursos para docentes de jornada completa en las tres universidades que enseñan arqueología en Santiago. Sin embargo, los puestos académicos y de investigación no constituyen la mayor fuente laboral, ya que el 85% de los arqueólogos trabaja en proyectos de impacto ambiental asociados a inversiones mineras, hidroeléctricas, madereras, energéticas, inmobiliarias y de carreteras, entre otras. En este campo, el trabajo para los/as arqueólogos/as ha sido constante a pesar de la pandemia e incluso ha reclutado a estudiantes universitarios que, al tener clases virtuales, han podido integrarse más fácilmente a la arqueología de contrato.

Mi inserción como investigadora residente en el Centro de Estudios interculturales e Indígenas-CIIR hace cuatro meses conlleva llevar a cabo la investigación "Patrimonialización y coleccionismo de cuerpos indígenas en San Pedro de Atacama, norte de Chile", desarrollada en conjunto con los profesionales y comuneros atacameños, Carlos Aguilar, Cristian Espíndola y Ulises Cárdenas, para quienes este proyecto es una "búsqueda de sus abuelos o antepasados. A medida que avanzamos, definimos que las preguntas que guían nuestro trabajo son: ¿dónde están los abuelos, cómo y por qué salieron del territorio y cómo se encuentran? Este proyecto propone historizar el proceso de extracción y coleccionismo de cuerpos indígenas provenientes del territorio atacameño y conformar un inventario con información sobre su localización, biografía y estado de conservación. Para ello estamos revisando documentos y publicaciones, además de contactar a museos (nacionales y extranjeros) consultando sobre la existencia en sus instituciones de colecciones de este tipo. Se trata de una investigación culturalmente sensible, que apunta a cuestionar la brecha entre investigador e investigado y promueve un trabajo colaborativo a lo largo de toda la investigación, partiendo de la base de que sus resultados benefician y son de utilidad para los propios atacameños. Este proyecto fue presentado ante el Consejo de Pueblos Atacameños y la comunidad de Toconao y cada quince días compartimos nuestros avances en la radio local.

Paralelamente a este trabajo, he tenido una participación activa en charlas y foros de discusión sobre las relaciones entre arqueología y comunidades, repatriación, restitución y patrimonio indígena, además de haber sido invitada a dar clases a estudiantes de arqueología de distintas universidades en Chile y el extranjero. En diferentes conversaciones, una pregunta, cuya respuesta aún sigo procesando, es cómo aportar como docente con mis investigaciones que proponen revertir el extractivismo y el colonialismo de la arqueología, en un contexto laboral chileno en que la gran mayoría de los arqueólogos trabaja en una arqueología extractivista que, al igual que los proyectos de inversión, no ha parado a pesar de la pandemia. Creo que una de mis contribuciones en este sentido es visibilizar los aspectos éticos y políticos de nuestra labor profesional y analizar los efectos de nuestras prácticas y discursos en la vida de distintos tipos de colectividades.

Al momento de escribir este relato preparo mi viaje a San Pedro de Atacama para realizar las entrevistas del proyecto de coleccionismo y patrimonialización, aprovechando que estamos en fase 2 y podemos movernos con un poco de mayor libertad, para lo cual el hecho de estar vacunada facilita las cosas. Allí veré directamente los efectos de la pandemia en territorio atacameño, a casi año y medio de iniciada la crisis sanitaria y la consecuente cancelación de las actividades turísticas que sustentaban económicamente a gran parte de la población indígena y no-indígena en el Salar. Las medidas de autoprotección y cuidado, implementadas por las comunidades atacameñas desde el año pasado, han ido variando de acuerdo a sus necesidades contingentes, más aún considerando que en los últimos tiempos, el cansancio por el encierro ha impulsado a gente de las ciudades vecinas a visitar su territorio, en circunstancias que algunas comunidades continúan cerradas al ingreso externo, al igual que las atracciones turísticas.

## REFLEXIONES FINALES

Durante estos 15 meses de pandemia mi quehacer arqueológico se ha desarrollado, más que nunca, de la mano de mis roles de madre, hija, hermana y amiga. Ser arqueóloga en pandemia también ha estado atravesado por la búsqueda de ancestros indígenas en museos, universidades y centros médicos, así como por discusiones acerca de cómo recuperar la sensibilidad y dejarnos conmovir por las luchas indígenas y de otras colectividades por justicia social, reparación y sanación de la herida colonial dejada por los procesos de despojo. Si hay algo que el presente doloroso que vivimos puede aportar, es a conectarnos con el dolor corporal y emocional que nos provoca el sufrimiento, propio y ajeno, por las injusticias sociales que la pandemia ha puesto en evidencia, además de tomar conciencia sobre la dimensión de la crisis que nos afecta como humanidad. Ya no podemos escondernos e ignorar las crisis que evidencian los asaltos y crímenes en Santiago, las protestas de los profesores en Bolivia por un sistema de educación colapsado, el incremento de la violencia doméstica durante la cuarentena en Sipayik, las políticas de discriminación de los migrantes en todo el mundo, el número de muertos por o con Covid-19 a nivel mundial, los gobiernos que optan por la economía a costa de la vida, así como el hambre, la guerra, la falta de solidaridad y las desigualdades que nos afectan día a día.

Si concebimos la arqueología como un nicho desde el cual reflexionar sobre la sociedad, pasada y presente, y como un campo de conocimiento con incidencia en la vida y cuerpo de personas y comunidades diversas, esta disciplina puede ayudarnos a no caer en el olvido o la omisión en tiempos de pandemia. A su vez, este contexto de crisis sanitaria puede aportar a que los/as arqueólogos/as salgamos de ella como mejores personas, mejores investigadores y mejor disciplina. En mi caso, la pandemia y los

conflictos sociales, políticos y económicos que esta visibilizó, pero sobre todo el presente doliente que representa, me han ayudado a recuperar la sensibilidad e ir más allá de la comprensión del dolor ajeno. La vulnerabilidad que se siente en el ambiente y que siento en mi propio cuerpo me han llevado a conmoverme por el dolor de otros y, desde este sentir, darme cuenta -más claramente que nunca- que las luchas por las demandas indígenas no tienen sentido si no soy capaz de conmoverme e impactarme por otras luchas, como las de las feministas, los/as estudiantes, los/as afrodescendientes y los/as migrantes, entre otros. Tal como lo dijo Claudio Millacura, docente Mapuche de la Universidad de Chile:

*La violencia que se ejerce contra las poblaciones indígenas es la misma violencia que se está ejerciendo contra las poblaciones migrantes. No hay violencias distintas, solo existe la violencia y si yo no soy capaz de impactarme por esas violencias, entonces lo que creo representar, lo que creo decir, o lo que creo investigar o estudiar, no tiene ningún sentido si no soy capaz de conmoverme. Entonces la invitación es a pesar colectivamente y dejar atrás nuestras individualidades (MILLACURA, 2019).*

Mis investigaciones no tienen sentido si no soy capaz de dolerme con lo que le pasa a otras personas y colectividades, si no soy capaz de sensibilizarme frente al dolor humano. Creo que tomar conciencia de la profundidad de la crisis social develada por la pandemia nos ha aportado en este sentido. Si este presente doloroso tiene una potencia reveladora, puede ayudarnos a generar cambios individuales y colectivos largamente esperados y, sobre todo, puede contribuir a ser mejores personas.

#### REFERÊNCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ADAMS, Tony; HOLMAN JONES, Stacy. Autoethnography Is Queer. In: Norman K. DENZIN, Norman K.; LINCOLN, Yvonna. S.; SMITH Linda T. (eds.). *Handbook of Critical and Indigenous Methodologies*, London: SAGE, p 373–390, 2008.
- ALVAREZ, Adriana. ¿Dejan Huellas las pandemias?, tras los legados de la COVID-19, *MUNDO DE ANTES*, v. 15, n. 1, p. 13-41, Enero-Junio 2021.
- ARTHUR, Jacinta. Reclaiming Mana. Repatriation in Rapa Nui. Tesis (Doctorado en Estudios Culturales) - University of California, 2015.
- ARTHUR, Jacinta. Repatriación indígena en el Museo Rapa Nui. *Colecciones Digitales Servicio Nacional del Patrimonio Cultural*, v. 1, n. 1 2018.
- ARTHUR, Jacinta. Repatriation in Rapa Nui, Ka Haka Hoki Mai Te Mana Tupuna. In: FFORDE, Cressida; MCKEOWN, Timothy; KEELER, Honor (eds.). *The Routledge Companion to Indigenous Repatriation: Return, Reconcile, Renew*, Londres: Routledge, 2020. p. 220-237.
- ARTHUR, Jacinta; AYALA Patricia. (eds). *El regreso de los ancestros: movimientos indígenas de repatriación y redignificación de los cuerpos*, Santiago: Servicio Nacional de Patrimonio Cultural, 2020.
- AYALA, Patricia. The control of ancestors in the era of neoliberal multiculturalism in Chile. In: FFORDE, Cressida; MCKEOWN, Timothy; KEELER, Honor (eds.). *The Routledge Companion to Indigenous Repatriation: Return, Reconcile, Renew*, Londres: Routledge, p. 208-219, 2020.
- CANIGUAN, Natalia; Frnacisca DE LA MAZA. *Pueblos Indígenas, los invisibilizados de la pandemia*. <https://www.ciperchile.cl/2020/06/23/pueblos-indigenas-los-invisibilizados-de-la-pandemia/>

- CLIFFORD, James, On ethnographic allegory. In: CLIFFORD, James; MARCUS, George E. (eds). *Writing Culture: The poetics and Politics of Ethnography*. Berkley: University of California Press, p. 98-121, 1986.
- GANGER, Stefanie. *Relics of the Past: the collecting and study of pre-columbian antiquities in Peru and Chile, 1837-1911*. New York: Oxford University Press, 2014.
- JOFRE, Carina. Prólogo. Reflexiones para recuperar la sensibilidad. In: ARTHUR, Jacinta; AYALA, Patricia. *El regreso de los ancestros: movimientos indígenas de repatriación y redignificación de los cuerpos*, Santiago: Servicio Nacional de Patrimonio Cultural, p. 13-2, 2020.
- LONETREE, Amy. *Decolonizing Museums*. Chapel Hill: The University of North Carolina Press, 2012.
- MILLACURA, Claudio. *Claudio Millacura, coordinador Cátedra Indígena, llama a conmoveerse ante la violencia*. Universidad de Chile, 2019. Vídeo disponible em: <https://www.uchile.cl/multimedia/156107/coordinador-catedra-indigena-llama-a-conmoveerse-ante-la-violencia>
- RIDAP. *Pronunciamento de RIDAP acerca del Cierre del ministro de culturas y turismo en Bolivia*. RIDAP.Org. Disponible en: <http://www.ridap.org/comunicados/view/5>
- SMITH, Linda Tuhiwai. *A Descolonizar las Metodologías. Investigación y Pueblos Indígenas*. Santiago: LOM, 2016.